

Situación y perspectivas económicas de Africa

Antonio SANTAMARÍA
*CEALCA, Departamento de Economía Aplicada I,
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales,
Universidad Complutense de Madrid*

La presencia del Africa Subsahariana en la economía mundial está definida por el valor de las exportaciones de materias primas, que representan el 89 % de dicha actividad, siendo los combustibles, minerales y metales el 53 % del valor total, mientras que las exportaciones agrícolas apenas alcanzan el 36 %.

Sin embargo, si nos adentramos en la observación de la estructura económica del subcontinente, la agricultura constituye un sector vital: todavía el 75 % de la población vive en las zonas rurales y el 66 % de la fuerza de trabajo está vinculado a esta actividad.

No menos de 20 países reciben más del 50 % de sus ingresos por exportaciones por medio de la comercialización de productos agrícolas.

Puede que desde la perspectiva internacional esta zona sea una reserva de minerales y energía, pero interiormente Africa es un continente agrícola. Por ello el estudio de su estructura debe abordarse como el resultado de un proceso en el que la agricultura representa el renglón más importante, entre otras razones por la actual penuria de alimentos; ahora bien, si se quiere mirar al futuro, deben considerarse los procesos de industrialización y la minería.

Desgraciadamente, un diagnóstico de actualidad tiene que reconocer que los países al sur del Sahara se encuentran en una profunda crisis, incluyendo a Suráfrica, verdadero gigante, cuyo producto supone nada menos que el 50 % del valor del PIB global.

Existe una seria crisis en la agricultura, que ha crecido de forma extraordinariamente lenta entre 1986 y 1990, a un ritmo medio anual del 3 %, aumento que no sirve para compensar el crecimiento demográfico.

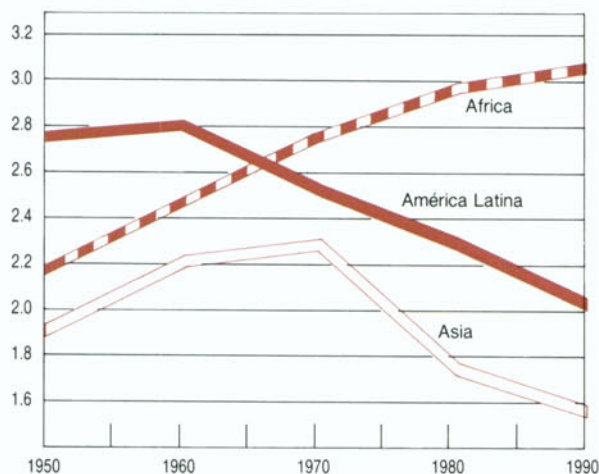
Por otra parte, a pesar de haber incrementado sus exportaciones a un ritmo medio anual del 2,5 % para dicho período, cifra que alcanza el 7,5 % si atendemos al volumen de exportaciones en 1989, el valor unitario descendió un 23,2 % y los ingresos 1,12 billones de dólares.

Esto es, en medio de una grave carencia de alimentos, los países han incrementado sus exportaciones para recibir menos dinero; este deterioro de la relación de intercambio supone una pérdida del 54 % entre 1986 y 1990.

A su vez, el sector minero ha perdido capacidad de producción debido a que necesita una planificación a largo plazo, más que ninguna otra actividad, para poder realizar las prospecciones que permiten mantener el ritmo de extracciones, dinámica devoradora de grandes inversiones.

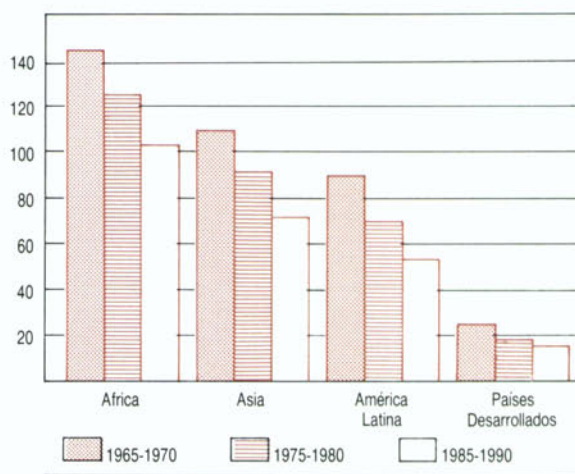
En Africa, la sombra levantada por las nacionalizaciones y los problemas creados por los conflictos sociales han desalentado a la inversión privada, mientras que el sector público ha debido disminuir sus aportaciones de capital como consecuencia de la crisis.

ÍNDICE DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN
(% cambio anual)



Fuente: UN Africa Recovery, datos de la ONU.

ÍNDICE DE MORTALIDAD INFANTIL
(muertes por cada 1.000 nacimientos)



Fuente: UN Africa Recovery, datos de la UNICEF.

Si adicionalmente consideramos las tendencias al cambio en las cantidades y tipos de productos en la demanda de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), principales clientes, tenemos como resultado las bajas expectativas del sector minero, que afectan a la inserción de la economía africana en el comercio mundial, que ha pasado a ser un exportador de minerales preciosos: tan sólo el oro y los diamantes suponen el 40 %, mientras que en la década anterior se exportaban metales tradicionales como cobre, bauxita, hierro y carbón a precios remunerativos.

La crisis interior y la coyuntura internacional desfavorable se juxtaponen en un proceso alternativo de deterioro, con significativos descensos de los ya precarios niveles de vida, el fracaso de los proyectos de industrialización y el desarrollo progresivo del endeudamiento, como si los pueblos africanos fueran inquilinos arruinados de un continente cuya renta no pueden pagar.

El monto de la deuda asciende a 116.887 millones de dólares, sin contar Suráfrica; de esta cifra, Nigeria y Côte d'Ivoire adeudan el 41 %, aproximadamente 48.224 millones de dólares.

Aunque aparentemente el volumen es reducido si se compara con otras áreas y países, su significado se agrava al considerar que toda el África Subsahariana produce tanto como Bélgica y que lo adeudado supone el 96 % de su PNB, pesando sobre sus exportaciones hasta el punto de reducir en un 22,1 % su valor tan sólo por el pago del servicio de la deuda.

Si a las repercusiones de la deuda sumamos el des-

censo en las inversiones exteriores y el descenso de la ayuda, que pasó de 14.079 millones de dólares en 1988 a 13.148 millones en 1989, no resulta extraño que las economías africanas se hayan convertido en exportadoras netas de capital; de hecho, el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha retirado más de 2,5 billones de dólares de África en los últimos 5 años.

Viéndose obligados a enviar capitales al exterior, recibiendo menos ingresos por sus productos y afectados por la crisis —las inversiones se han reducido drásticamente, representando apenas un 15 % del PIB resulta muy difícil obtener los capitales para realizar una remodelación de la economía.

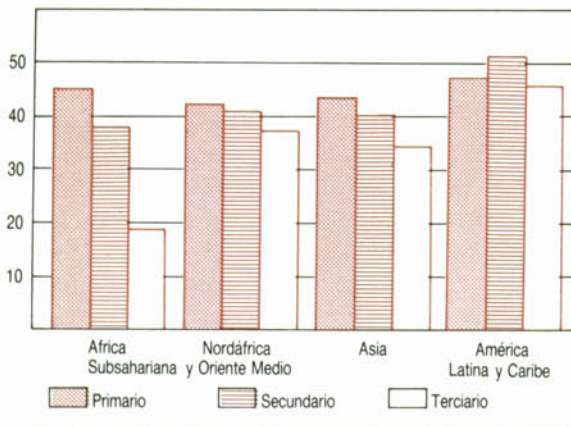
Esta situación trasciende el ámbito puramente económico, incrementando la ya desigual distribución de las rentas, que supone la creación de amplias bolsas de pobreza, si se considera que como media el 20 % de la población recibe el 50 % de los ingresos.

En consecuencia, las poblaciones que viven al sur del Sahara se encuentran en el último lugar de todos los indicadores de bienestar social, con altos índices de analfabetismo, un 67 % de escolarización en la enseñanza primaria (1988), tasas de mortalidad infantil del 17/1.000 y un médico por cada 26.640 habitantes.

La agricultura corre por una vía muerta

La imagen más difundida en el resto del mundo sobre África se corresponde con la penuria alimenticia de su población, porque no en vano constituye el pro-

MUJERES EN EL TOTAL DE MATRÍCULA ESCOLAR
(% participación, 1988)



Fuente: UN Africa Recovery, datos de la ONU.

blema más acuciante para muchos de sus habitantes. Según la Organización de las NN.UU. para la Alimentación y la Agricultura (FAO), cerca de 100 millones de africanos obtienen menos de un 80 % de las calorías necesarias para su sustento, 30 millones de personas pasan hambre y las necesidades de alimentos importados han aumentado en un 45 % entre 1987 y 1988.

Esta dramática situación no tiene su origen en la escasez de tierras productivas porque aunque sólo el 30 % del suelo es aprovechable actualmente se explota un 25 % escasamente.

Tampoco es mano de obra lo que falta, ya que el 66 % de la población laboral permanece vinculada a la agricultura, sin que la densidad de población, salvo en ciertas áreas, sea el problema más agobiante.

Por tanto, si no existe una falta generalizada de los principales recursos aplicables a la producción agrícola, ¿cómo es posible que se den tasas tan elevadas de desnutrición y hambre, de forma que muchos de los 47 países del Africa Subsahariana figuran entre los más pobres del Mundo?

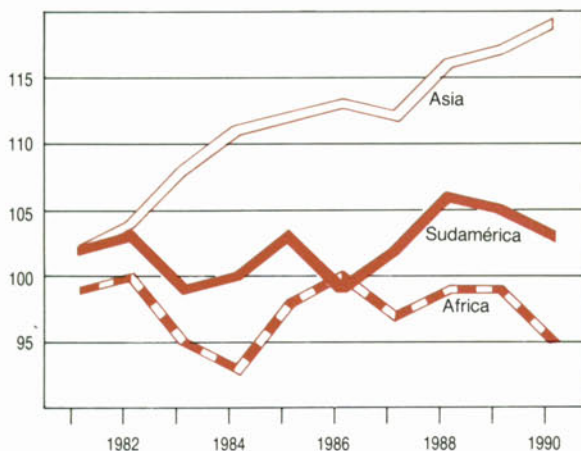
La clave de la crisis de producción agrícola que padece el continente se encuentra en la organización del sector, concretamente en la distribución de recursos entre los cultivos de exportación y alimenticios.

En toda la geografía de la zona las mejores tierras han sido destinadas a los cultivos de plantación, mientras que frecuentemente las tierras marginales o difíciles de aprovechar han quedado para la generación de alimentos.

En toda la franja del Sudán-Sahel, que conforma el límite sur del desierto, la presión demográfica y el aumento de la cabaña ganadera han socavado lentamente las frágiles condiciones de explotación del suelo, en primer lugar por el empobrecimiento de las tierras más ricas destinadas a cultivos depredadores, como el cacahuate y el algodón, plantaciones que han necesitado de una extensión paulatina para mantener los rendimientos, afectando a la resistencia de la tierra frente a la acción del aire y el agua.

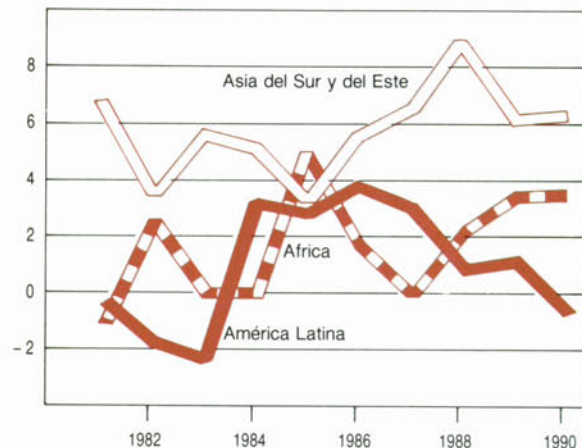
El incremento de las poblaciones que viven del pastoreo ha conducido al crecimiento de sus rebaños, cuyo número ha llegado a sobrepasar la capacidad de rege-

PRODUCCIÓN ALIMENTARIA PER CAPITA
(1979-81 = 100)



Fuente: UN Africa Recovery, datos de la FAO.

ÍNDICE DE CRECIMIENTO DE ÁFRICA
(% cambio anual del PNB real)



Estimaciones para 1990

Fuente: UN Africa Recovery, datos de la ONU.

neración de los pastos, debiendo recurrirse al uso de arbustos y árboles como forraje, práctica que ha venido a sumarse a los factores de desprotección del suelo.

En estas condiciones de sobreexplotación de la tierra, la aparición de sequías cíclicas ha venido acelerando la erosión, privando a la población rural de la fase fundamental para la obtención de su sustento, de forma que se han producido en los últimos años grandes desplazamientos de habitantes, muchos de los cuales sólo pueden subsistir gracias a la importación de alimentos.

Siete países del área —Burkina Faso, Chad, Etiopía, Mauritania, Níger, Somalia y Sudán— se encuentran en situación de seria emergencia, necesitando urgentemente ayuda alimentaria, cifrada por la FAO en un mínimo de 2.653 toneladas para 1991.

Es también en estos países donde las condiciones naturales de producción se han deteriorado de forma más alarmante, permitiendo el avance del desierto, mientras se pone en grave peligro la posibilidad de una recuperación efectiva de la capacidad productiva a corto plazo.

En África Central, la producción agrícola se incrementó un 0,5 % durante el período 1986-1990, suponiendo un retroceso de las disponibilidades alimenticias por habitante, frente a un crecimiento de la población que se aproxima al 3 % anual.

En este área se encuentra la mayor parte de los bosques y selvas del continente, sobre la que se viene desatando un rápido proceso de deforestación. En algunos países, como Côte d'Ivoire y Guinea Ecuatorial, es el resultado de la explotación desmedida de los recursos madereros con destino a la exportación. En otros la tala tiene su origen en el desbrozo practicado para aplicar la tierra al cultivo. De una u otra forma, los frágiles suelos son despojados de su protección natural y se ven afectados rápidamente por la erosión, de forma que resultan no sólo incapaces para la producción agrícola, sino incluso inservibles para la ganadería.

La pérdida de bosque se viene produciendo a un ritmo de 3,8 millones de hectáreas anuales de media durante los últimos años de la década; sus consecuencias no sólo afectan al entorno sino que se extienden al Sahel, puesto que la formación de las nubes que lo riegan se realiza en las zonas forestales del sur, disminuyendo con el bosque las precipitaciones que se desplazaban hasta el sur del desierto.

Como consecuencia de la pérdida forestal, las sequías han aumentado desde 1986, descendiendo los niveles de las aguas subterráneas y superficiales, acelerándose la desertificación y perjudicando a las actividades agropecuarias, según los resultados recogidos en una encuesta realizada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), entre los países de la zona Sahel-Sudán.

Los países de la costa oeste han visto por primera vez en esta década llegar los vientos del desierto hasta el mar, efecto indudablemente favorecido por la desaparición de las barreras de bosques.

Nigeria representa para el conjunto de África una economía excepcional, básicamente financiada por el petróleo. El desarrollo de la agricultura se ha visto influenciado por los períodos de ingresos extraordinarios seguidos por ciclos de penuria generados por las oscilaciones de los precios del petróleo.

La reforma de la agricultura se basó en la creación de zonas verdes intensivas en medios modernos y empleo de capital, cuyo coste de mantenimiento se vio supeditado posteriormente a las disponibilidades de divisas, con estruendosos fracasos en muchos de los proyectos agrícolas.

Aún así, a pesar de contar con una población de 113 millones, pudo cubrir en 1989 el déficit de alimentos con la importación de 240.000 toneladas de cereales, compradas gracias a los ingresos del petróleo, sin necesidad de una sola tonelada de ayuda.

En la mayor parte de los países de África Occidental, donde abundan los yacimientos de crudo, se repite este esquema de modernización distorsionada de la agricultura, conjuntamente con la supervivencia de sectores productivos muy atrasados cuyos déficits de producción agrícola son cubiertos con importaciones.

Así, todos los países de África Occidental importaron en 1989 2.305 millones de toneladas de cereales, pero sólo requirieron 208 millones de toneladas de ayuda, el 4,42 % de toda la ayuda remitida en dicho año para una zona que representa casi la mitad de la población continental.

El Este africano ha registrado junto con el África Austral los mejores índices de crecimiento de la producción agrícola, el 3,2 % durante el período 1986-1990, aunque debe tenerse en cuenta que estos resultados corresponden a la suma de los rendimientos del sector tradicional y moderno.

La estructura agraria acusa los vestigios de las desigualdades generadas durante la colonización, puestas de manifiesto por la existencia de un sector que acapara las tierras más fértiles, cuenta con los medios más avanzados de explotación, pero pertenece a una minoría privilegiada, mientras que la mayor parte de la población sigue concentrada en los territorios donde fue confinada por los colonos, tierras marginales, superpobladas y empobrecidas por el exceso de uso.

Sólo en Tanzania la estructura agrícola ha cambiado radicalmente en las últimas décadas, realizándose un intento de proceder a la agrupación de la población campesina mediante la formación de cooperativas rurales, que aunque fracasado en gran parte ha servido para cimentar una distribución equitativa de la tierra, desa-

rollando cierto nivel de infraestructura elemental que representa un logro a pesar de su pobreza, ya que se partía de uno de los niveles más bajos de África, tanto referido a la producción como a la prestación de atenciones sociales.

Mozambique también ha sufrido una de las peores plagas de África, la guerra, con un saldo cercano al millón de muertos y toda la capacidad productiva destruida. Poco o nada puede decirse de tan desolador panorama a la hora de hacer un balance de los intentos de desarrollo aplicados. Los proyectos de crear cooperativas y un sector agrícola de granjas estatales apenas llegaron a ser aplicados; antes de fracasar definitivamente, la población fue dispersada por la guerra, los medios de producción fueron arrasados por la contienda, generándose un desplazamiento forzado de refugiados por el miedo y el hambre.

Angola presenta un historial similar; aunque los desastres bélicos no han generado una destrucción tan devastadora, sí han paralizado la vida económica del país, salvo la extracción de petróleo en el enclave de Cabinda, que sirve de bomba de oxígeno a su maltrecha economía.

En el resto de los países de África Austral, la estructura dual se hace patente por la capacidad del sector moderno para comercializar y acaparar las rentas agrícolas.

En Suráfrica, a pesar de los recientes cambios legislativos, el 86 % de la tierra sigue perteneciendo a los blancos y las empresas agroalimentarias.

En Zimbabue 6.000 granjas comercializan la mayor parte de los productos agrícolas y acaparan más del 60 % de la tierra; en Zambia tan sólo las 1.000 granjas situadas a lo largo del ferrocarril se encargan de abastecer el mercado; en Namibia las 4.000 granjas de los colonos cumplen esta misma función, monopolizan el sector exportador y poseen el 66 % de la tierra útil; finalmente, en Malawi 3.000 granjas utilizan el 33 % de la tierra, produciendo tanto para la exportación como para el consumo interno.

Estas granjas comerciales cuentan con una infraestructura de producción moderna, canales de comercialización adecuados, asesoría técnica y acceso a los programas de extensión agraria, facilidades crediticias a nivel interno e internacional, así como influencia para incidir en las políticas agrícolas de los respectivos Gobiernos.

Los propietarios, bien sean blancos o negros, conjuntamente con las compañías agroalimentarias, conforman un enclave dentro de cada nación, tanto por su peso político como económico y a veces incluso por su control sobre grandes extensiones de tierra.

Debe resaltarse que la mayor parte de la ayuda al desarrollo orientada a la agricultura se ha destinado a la

promoción de sectores exportadores, en base a las teorías que esperaban crear impulsos económicos que mediante la especialización en los bienes de exportación arrastrasen al resto de los sectores productivos hacia un crecimiento continuado.

Pero mientras que la exportación de determinados bienes industriales sí ha generado efectos de crecimiento, la especialización agrícola vinculada a productos con precios erráticos, con tendencia a la baja, se ha convertido en un callejón sin salida.

Alternativamente, la ayuda a proyectos de producción alimenticia ha recibido mucha menos atención, tanto por parte de los organismos internacionales como por los propios Gobiernos africanos, viendo con frecuencia entorpecida su aplicación por métodos inadecuados.

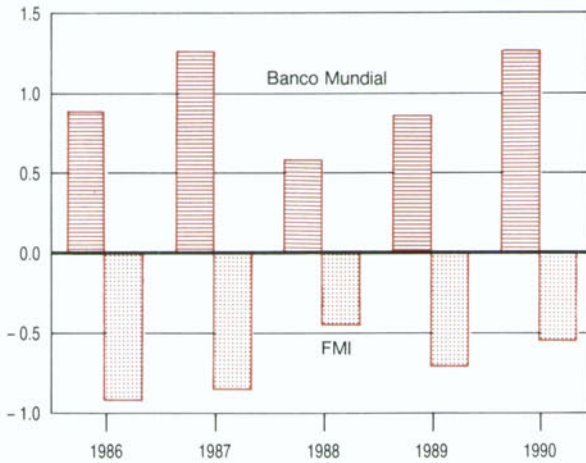
En muchos casos se han realizado aportaciones tecnológicas no matizadas por el contexto material y cultural africano. Se han puesto en práctica roturaciones profundas que han erosionado los suelos agostando los cultivos, se han introducido cultivos poco adaptados que han visto decrecer rápidamente su productividad al entrar en contradicción con el clima y las posibilidades de la tierra. Cuando se ha recurrido al auxilio de la

VALOR PORCENTUAL DE LAS EXPORTACIONES AGRÍCOLAS Y MINERAS

Pais	Petróleo y minerales	Agrícolas	Productos
Etiopia		96 %	50 % Café
Chad			54 % Algodón
Zaire	63 %	31 %	11 % Café
Guinea Bissau			43 % Oleaginosas
Malawi		84 %	74 % Café, azúcar
Tanzania	7 %	75 %	51 % Café, algodón
Burkina Faso		98 %	21 % Algodón
Madagascar	11 %	78 %	37 % Café, azúcar
Mali		71 %	21 % Algodón
Gambia		92 %	60 % Oleaginosas
Burundi		85 %	48 % Café, algodón
Uganda			39 % Café, algodón
Zambia	93 %	4 %	
Niger	86 %	13 %	
São Tomé y Príncipe			97 % Cacao
Rwanda	9 %	90 %	78 % Café, té
Sierra Leona	22 %		28 % Café, cacao
Benin	42 %		49 % Cacao, algodón
Kenya			46 % Café, té
Lesotho	64 %		
Sudán			47 % Algodón, oleaginosas
Nigeria	91 %	8 %	
Ghana	37 %	60 %	46 % Cacao
Liberia	57 %	41 %	22 % Caucho
Guinea Ecuatorial			75 % Cacao
Zimbabue	43 %		43 % Tabaco, algodón
Swazilandia			35 % Azúcar
Côte d'Ivoire	4 %	80 %	50 % Café y cacao
Camerún	51 %	40 %	

Elaboración propia sobre indicadores del desarrollo mundial. Informe BM 1990. La columna productos destaca el peso del producto más importante en las exportaciones agrícolas.

TRANSFERENCIAS NETAS AL ÁFRICA SUBSAHARIANA FMI/BM
(en miles de millones de dólares)



Desembolsos brutos (compras) menos reembolsos (readquisiciones), interés y costes.

Fuente: UN Africa Recovery, datos del BM/FMI.

tecnología para mantener los proyectos se han generado costes de mantenimiento que no eran accesibles.

En este sentido, semillas tratadas, herbicidas y pesticidas, maquinaria de labor y riego, aperos de labranza, y hasta técnicos especializados, no han podido ser pagados después de finalizado el período de subvención, por lo que se ha arruinado la totalidad del proyecto.

A este respecto cabe mencionar que inicialmente los programas de extensión y formación se han realizado entre la población masculina, cuando en la mayor parte

de África es la mujer quien cultiva la tierra para la producción de alimentos, prueba fehaciente del choque cultural que se imponía con la aplicación de las normas provenientes de los países europeos.

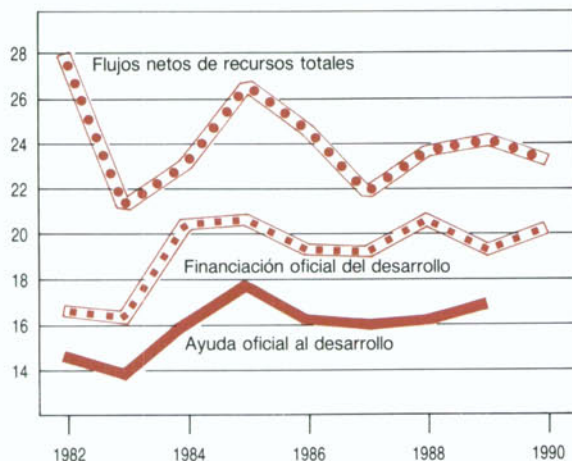
Como resultado de la suma de todos estos factores, la economía agrícola se encuentra en franca crisis: por un lado, los sectores en que más se invirtió son los que rinden menos; por otro, el sector más descuidado se ha vuelto crucial para la supervivencia física desde el momento en que las exportaciones han dejado de cubrir la importación de alimentos.

La situación de los productos de exportación africanos de origen agrícola es desastrosa. Los precios del café vienen disminuyendo progresivamente desde hace quince años —a pesar de que el volumen de exportaciones creció un 4 % en 1990, los ingresos disminuyeron un 22 %—; respecto al cacao, es el séptimo año en el que existe sobreproducción, lo que se ha traducido nuevamente en un descenso de los precios, al igual que el de los aceites vegetales, que cayó un 13 % en 1990.

Los productos agrícolas tropicales han descendido en su participación en el comercio agrícola mundial, representando un 25 % con un valor global de 300 billones de dólares en 1990, tanto como los países de la OCDE han destinado a subvencionar sus agriculturas.

Los países desarrollados han pasado a comercializar el 67 % de los alimentos a nivel mundial en el año 1989, cuando en 1970 apenas si representaban el 58 % de las transacciones. Con sus políticas de subvenciones y restricciones a la importación han pasado a convertirse en los graneros del mundo, mientras que

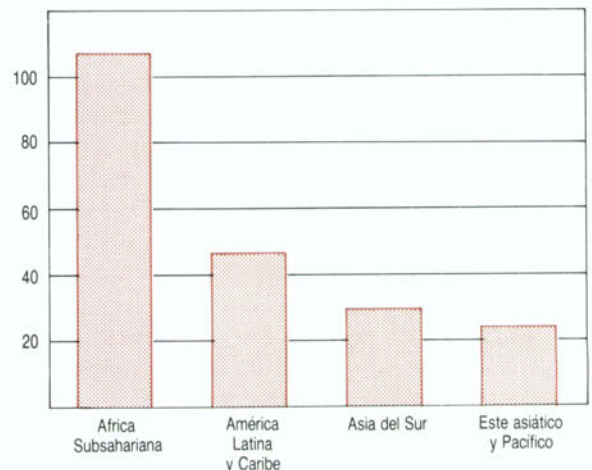
FLUJOS NETOS DE RECURSOS
(a precios y tipos de cambio de 1986, en miles de millones de dólares)



Los flujos netos de recursos comprenden todos los préstamos, subvenciones e inversiones públicas y privadas, menos el pago del capital (pero no del interés, dividendos y costes). La ayuda oficial al desarrollo es el factor principal en la financiación oficial del desarrollo, que a su vez constituye la mayor parte de los flujos financieros netos.

Fuente: UN Africa Recovery, del informe del secretario general del UNPAERD.

PESO DE LA DEUDA AFRICANA
(deuda externa como % del PNB, 1990)



Fuente: UN Africa Recovery, datos del Banco Mundial.

Africa, cuyas ventajas más importantes se encuentran en la agricultura, se ve obligada a importar alimentos, necesitando ayuda por valor de 10 millones de toneladas para 1991.

Las expectativas a nivel global no son muy halagüeñas, ya que a pesar de que el 34 % del PIB tiene su origen en la agricultura y en ella encuentra empleo el 66 % de la mano de obra, la ayuda continuará siendo absolutamente necesaria puesto que el déficit de la producción alimentaria tiende a ensancharse.

Según las previsiones realizadas por el Banco Mundial, (BM), en el mejor de los casos, con un crecimiento medio de la producción del 4 % y de la población del 2,75 %, en el año 2000 será necesario importar 15 millones de toneladas de alimentos; en el peor de los casos, con un crecimiento medio de la producción del 2 % y un ritmo de crecimiento de la población del 3,3 %, para alimentar a los 700 millones de habitantes del Africa Subsahariana será necesario importar 110 millones de toneladas de alimentos.

Por otra parte, la tendencia a la baja de los precios de las materias primas en las que se ha especializado la agricultura africana no aminorará, salvo que se llegue a acuerdos de estabilización en los mercados internacionales, los países desarrollados rebajen sus subvenciones y barreras comerciales o la competitividad del Sureste Asiático se deteriore.

Dado que ninguno de estos cambios parece previsible, se impone una reformulación de la estructura productiva, aunque no existe una opinión unánime sobre la forma de aplicar dicha reestructuración.

Hasta mediados de los 80, la mayor parte de los

Gobiernos africanos se ha resistido a aplicar los programas de ajuste del FMI y el BM, por lo menos hasta que asfixiados por la falta de divisas han debido llamar a las puertas de los organismos internacionales, aviniéndose a desplegar las medidas de estabilización inicial, que representan la primera parte de los planes de ajuste.

Entre los cambios que se deben introducir se encuentra la desregulación de los mercados para que la oferta y la demanda establezcan los términos de precios y cantidades que mejor se ajusten a la estructura de cada país.

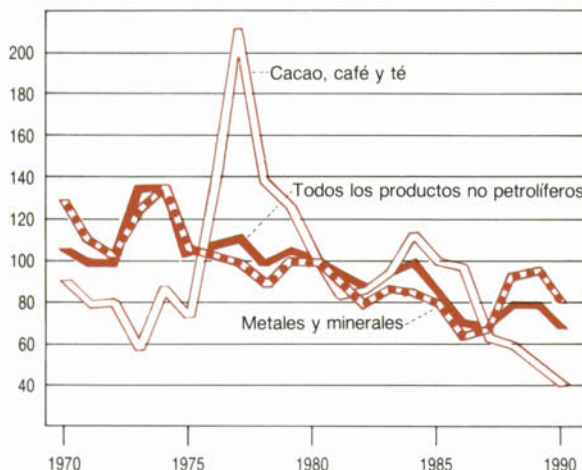
Pero las posibilidades de aprovechar el funcionamiento del mercado para impulsar la producción resulta cuestionable, ya que sólo los sectores que tienen acceso a las redes de comercialización, pueden sacar ventaja de la desregulación total. Circunstancia que servirá al sector de granjeros y compañías para aumentar su peso en el conjunto de la economía, especialmente las grandes empresas que monopolizan las redes de comercialización exteriores e interiores.¹

Cabe la posibilidad de que, ante la falta de acceso del sector tradicional a los mercados internos, se formen mercados intervenidos por acuerdos oligopólicos que establezcan los precios en función de políticas globales, ajenas a la demanda y la oferta, sin que por lo tanto se establezca un mercado de libre competencia.

Aunque así fuese, las decisiones basadas en las evoluciones del mercado no van a propiciar una explota-

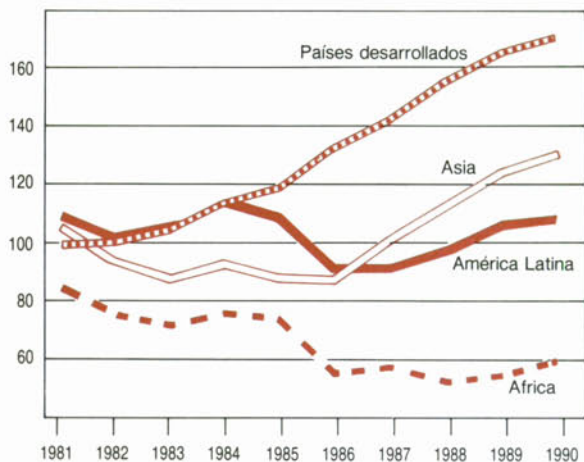
1. Algunos productos agrícolas africanos sólo requieren transformaciones muy simples para obtener el bien de consumo final; a pesar de ello su comercialización se encuentra monopolizada por un reducido número de transnacionales: 4 el chocolate, 7 el té, 2 el aceite de oleaginosas.

PRECIOS REALES DE LOS PRODUCTOS NO PETROLÍFEROS
(1980 = 100)



Fuente: UN Africa Recovery, datos del FMI.

PODER ADQUISITIVO DE EXPORTACIONES
(1980 = 100)



Fuente: UN Africa Recovery, datos del UNCTAD.

ción del suelo que sirva para su recuperación sino todo lo contrario, puede que la búsqueda de beneficios conduzca a su definitivo deterioro.

Considerando que no van a ser los granjeros blancos de Namibia, Suráfrica o Zimbabwe quienes construyan las vías de comunicación para que el sector tradicional africano les haga la competencia, no concurrirán nuevos oferentes por simple imposibilidad material, de forma que el ajuste de precios puede desarrollarse en favor de los productores pero en contra de los consumidores, reduciendo los ya bajos niveles de consumo de la población.

La aplicación de medidas generalizadas puede representar un peligro cuando, como en el caso de Africa, se producen diversidad de estructuras de producción de cierta amplitud.

Por ejemplo, puede que la desaparición de las redes de comercialización estatales de los productos de exportación suponga una liberación de las cargas que han representado para los precios que recibían los productores.² Pero hasta ahora las compañías transnacionales de los sectores respectivos, cuando han tratado directamente con los productores, no han pagado precios más altos que las oficinas de comercialización estatales.

Sin embargo, en Zimbabwe, la compra por parte del Estado de maíz a precios subvencionados ha servido para lanzar al sector de campesinos medios africanos, por lo que su desaparición afectaría directamente a las expectativas del sector tradicional.

Existiendo un claro acuerdo en que tanto la ayuda exterior como las políticas gubernamentales deben proceder a trasladar parte de los recursos del sector exportador al sector alimenticio, del sector moderno al tradicional, la verdad es que las medidas aplicadas por recomendación del FMI estimulan fundamentalmente al sector exportador y excluyen al sector tradicional de los mercados internos.

El nivel de decisiones que afectan a la solución de la crisis agrícola trasciende el campo puramente económico, ya que deben tomarse medidas que perjudican al sector privilegiado, ligado generalmente a los mismos gobernantes, puede suponer una pérdida de la capacidad exportadora en la que se basan buena parte de los ingresos del Estado y representaría la pérdida de espacios costosamente ocupados en los mercados internacionales, aplicando en definitiva políticas heterodoxas que no están contempladas en los programas de ajuste, que

2. Las Oficinas de Comercialización Estatales, que compran directamente a los plantadores, han llegado a pagar el 50 % del precio de exportación, utilizando la diferencia para sufragar los costes de una extensa burocracia y el presupuesto del Estado.

son las bases imprescindibles para recibir ayuda internacional.

La industria: una locomotora sin presión

En toda el Africa Subsahariana sólo existe un país industrializado, la República Surafricana, donde el sector de producción de manufacturas representa el 21 % del PIB; también en Zimbabwe y Zambia la aportación del sector al PIB es superior al 20 %, pero en ninguno de los dos es la industria quien marca las pautas de crecimiento de la economía, al contrario que en Suráfrica donde los movimientos del sector manufacturero ordenan la evolución del resto de la actividad económica.

El proceso de industrialización surafricana se inició en los años 20 del presente siglo, contando con una acumulación basada en la minería y la agricultura, parte de cuyos beneficios quedaban a disposición de los residente blancos, al contrario que en el resto de Africa.

Aunque la producción agrícola devoró parte de este capital afectada por la crisis de los años 30, la producción de oro compensó en valor y cantidad las pérdidas, subvencionando tanto al sector agrícola como al industrial en formación. Estas transferencias sirvieron para mantener la demanda de los agricultores en bienes y servicios, incentivándose así la fabricación de aquellos suministros que las metrópolis en crisis no podían proporcionar con cierta frecuencia.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, frente a un continente absolutamente desprovisto de industria se alzaba la fortaleza industrial surafricana, que pertenecía en su mayor parte al Estado o a importantes compañías transnacionales.

En 1960 los países independientes africanos debían partir de cero: carecían de capital acumulado, que se buscó en la agricultura; no tenían técnicos suficientes, por lo que debió recurrirse a la contratación de extranjeros; tampoco se tenía acceso a tecnologías modernas, que debieron ser adquiridas sin la experiencia suficiente para hacerlas fructíferas dentro de las condiciones específicas de cada país; las redes de transporte y comunicaciones eran muy escasas y deficientes en su organización; la mano de obra era analfabeta.

En estas condiciones era sumamente difícil no sólo iniciar la implantación de industrias, sino también garantizar su funcionamiento continuado. Por ello cuando se tomaron las decisiones primaron, en muchos casos, principios que no ponderaban suficientemente las posibilidades de desarrollo industrial.

Considerando las corrientes de pensamiento vigentes en el ámbito del desarrollo, el establecimiento de in-

dustrias era valorado como un acto de soberanía al mismo tiempo que la confirmación del buen estado de salud del crecimiento de la economía.

Frecuentemente mediaban en la configuración de los programas intereses políticos, de prestigio o de clientelismo, por los que se ofrecían cargos a los sectores más privilegiados o empleo a la población en una amplia escala de corruptelas.

La asesoría interesada de entidades privadas o desinteresada de organismos internacionales posibilitó el establecimiento de plantas cuyas características las hacían inviables dentro de la estructura económica existente.

Así, en hábiles operaciones de «marketing» a las que no eran ajenas las concesiones y sobornos por ambas partes —comprador y vendedor— los países africanos adquirieron con cargo a los presupuestos del Estado numerosas fábricas, llave en mano, algunas de las cuales no llegaron a funcionar nunca, siendo frecuente que no sobrepasaran el 50 % de su capacidad de producción desde el principio, hasta nuestros días, en que la utilización media de capacidad escasamente supera el 10 %.

Aunque el proceso de industrialización surafricano es irreplicable fuera de su contexto, sí reporta enseñanzas sobre la necesidad de buscar áreas de capitalización diversificadas, adaptadas a la dimensión de los mercados y especialmente vinculadas a la producción primaria.

La industrialización desarrollada durante las últimas décadas en el resto de África se enfrentaba a la falta de infraestructuras: no sólo había que construir las fábricas, sino también carreteras, tendidos eléctricos, suministros de agua, líneas de comunicación y todo un conjunto de servicios que incrementaban la inversión inicial.

En estas condiciones los proyectos sólo eran viables si se producía para vender de forma masiva, de manera que las economías de escala salvaran los altos costes de su puesta en marcha.

Pero las industrias se planificaron orientadas al consumo de la población urbana, tanto porque éste era el sector con mayor capacidad económica como por su influencia política; sin embargo constituía la minoría de la población, ignorándose la relación entre capacidad de producción y mercado, o confiando en unas exportaciones que nunca llegaron a ser factibles.

Además de que los procesos de fabricación requerían importar casi todos los insumos, las modernas tecnologías generaron una dependencia absoluta de la asistencia exterior.³

3. Las modernas tecnologías han creado un nuevo tipo de dependencia funcional cuando con frecuencia basta un simple desajuste en una cadena

Con el advenimiento de la crisis de los 70 y los recortes en ingresos por divisas de los años 80, el proceso se ha venido paralizando, desde una tasa de crecimiento medio del 10,1 % en los 60, pasando por el 8,2 % entre 1973-1980, y culminando en un crecimiento mínimo del 0,6 % para el período 1980-1987.

Las perspectivas de futuro están ligadas al desarrollo tecnológico, que juega un papel primordial en el mercado de productos industriales; pero por las características del nivel tecnológico en el que se encuentran los países africanos, prácticamente no existe ninguna posibilidad de que sus industrias puedan alcanzar posiciones competitivas dentro de los ciclos del producto que se generan con la innovación.⁴

Los mercados a los que es posible acceder mediante aportaciones de diseño a moda están copados por grandes firmas, con las que es muy difícil competir en su propio ámbito. Sin embargo, África cuenta con una buena base cultural para exportar gustos y formas, así como diseños basados en su artesanía, como se ha demostrado con la amplia difusión de su música.

A pesar de las barreras levantadas por los países desarrollados, el 70 % de las exportaciones van destinadas a ellos precisamente por ser materias primas con escaso tratamiento.

El procesamiento de los productos agrícolas y mineros puede significar momentáneamente una vía de industrialización que a corto plazo abra nuevas oportunidades con las adecuadas redes de comercialización, un trato favorable de los compradores (que en este caso dependen de su buena voluntad), y cambios en las pautas generales de comportamiento de los países de la OCDE respecto a los productos industriales y manufacturados africanos.⁵

En Suráfrica, el 70 % de la producción agrícola sirve de suministro a la industria, ejemplo que los países africanos no pueden perder de vista, no sólo de cara a la exportación sino también respecto a los propios mercados.

El desarrollo y aplicación de tecnologías básicas se encuentra en sus inicios en África, hace falta adecuar todo tipo de instrumentos para el cultivo, el transporte,

para que sea necesario recurrir a técnicos extranjeros y piezas venidas del exterior, mientras que la producción está paralizada hasta que se puede proceder a la reparación.

4. Los países de la OCDE gozan en el medio industrial de la ventaja que supone poder comercializar nuevos productos, obtenidos en sus líneas de investigación, vendiéndolos sin competencia a precios con los que sufragan los costes de desarrollo.

5. A pesar de acuerdos comerciales preferenciales y las sucesivas rondas del GATT, los mercados de los países desarrollados siguen cerrados a buena parte de los productos que no proceden de sus propias filiales.

consumo de masas, incluyendo las correcciones necesarias para recuperar presencia en base a la utilidad y no a la imitación.

Los medios de comunicación y sectores culturales deben recuperar sus tradiciones más válidas, extendiendo su uso para prestigiar la propia cultura y rectificar hábitos de consumo que pueden extenderse a productos tan sencillos como textiles, calzado, bebidas, alimentos, vivienda y mobiliario, etc.

Se ha puesto de moda considerar el sector informal como el embrión de la futura industria africana, pero subsiste en esta concepción el triste testimonio del remedio a los fracasos de los métodos de industrialización practicados. Debe tenerse en cuenta que son muy pocas las actividades que ofrecen expectativas de prosperar, y éstas a cambio de un alto coste social por las duras condiciones de trabajo.

Considerado como un mal menor, no puede ser objeto de condena sino todo lo contrario, es necesario buscar los medios para impulsarlo, introduciendo formas flexibles de rebajar su impacto social y aumentar su capacidad productiva.

Las perspectivas de un futuro incierto

Desde que el volumen de transacciones financieras ha superado al valor del comercio internacional, los países de la OCDE consideran este ámbito como su campo de acción fundamental, pasando la producción de materias primas a ocupar un lugar muy secundario en el rango de las inversiones a considerar; de hecho, las inversiones privadas representan sólo un 6,8 % de los flujos monetarios destinados a África, cuando en 1982 aún constituían el 24,6 %.

El centro de la economía mundial se está desplazando lentamente hacia el Japón y su área de influencia, constituida por el Sureste Asiático, de forma que los interlocutores tradicionales de los países africanos han perdido protagonismo en el contexto internacional, resultando en consecuencia una marginación adicional de las economías africanas.

Incluso entre los miembros de la CE, principales

compradores e inversores en África, se está produciendo una desviación de la atención hacia los países del Este europeo, que nuevamente se refleja en el descenso de los créditos a las exportaciones, reducidos a un 13,5 % de las corrientes de crédito, frente al 16,4 % que representaban en 1982.

La principal corriente de capitales destinada a África procede de la ayuda, que ha pasado del 59 % de los flujos monetarios al 78,7 % en 1989, clara demostración de la pérdida de interés y de que la preocupación fundamental se centra en su subsistencia, no en su desarrollo.

Frente a esta situación las economías africanas deben mirar hacia sí mismas buscando una realización efectiva de las ventajas del comercio regional, haciendo funcionar realmente las diversas comunidades regionales: Área de Comercio Preferencial para África del Este y del Sur (PTA), Conferencia de Coordinación para el Desarrollo de África Austral (SADCC), Comunidad Económica de Estados del África Occidental (ECOWAS), etc.

Si en el futuro cambia la situación política de forma radical en Suráfrica, su poderosa economía puede jugar un papel importante, pero no se debe olvidar que está condicionada a las características de la propia estructura surafricana.⁶

En última instancia el espacio vacío dejado por los países europeos puede ser aprovechado por economías emergentes como las del Sureste Asiático, incluso por el mismo Japón, siempre ávido de materias primas y sectores donde colocar sus enormes excedentes financieros, en un reflejo de la reordenación que en las relaciones comerciales se ha producido entre los europeos, por la que Italia ha pasado a convertirse en un interlocutor comercial de primera magnitud, muy por encima de una nación con presencia tradicional como el Reino Unido.

Pero en ningún caso se puede sucumbir a las tentaciones autárcticas, ya que la dependencia financiera y tecnológica no puede ser obviada, pero además porque distanciarse de la economía internacional precisamente cuando ésta está alcanzando niveles de internacionalización nunca vistos sería un error.

6. La participación del sector estatal en la producción se acerca al 35 %, mientras que la propiedad empresarial privada está muy concentrada, con tan sólo 4 compañías controlando el 80 % de los activos cotizados en bolsa.